

La experiencia de Quilmes

Orlando Yorio, el sacerdote responsable de la coordinación del Primer Sínodo Diocesano de Quilmes, nos habla en esta nota de este acontecimiento eclesial, de los momentos de tensión e iluminación que se vivieron durante el mismo, que fue un mirar a la Iglesia desde la Iglesia, y lo presenta como una instancia privilegiada de comunión.



VP: La Iglesia de Quilmes se propuso un 'caminar juntos'. ¿Por qué eligió hacerlo a partir de un sínodo diocesano?

OY: Me parece importante tener en cuenta una cosa en este momento histórico: la Iglesia, desde el Vaticano II —más específicamente en el documento "Christus Dominus"— retoma con fuerza y hace sentir en su interior la importancia del hecho sinodal a nivel de las diócesis. Esto está relacionado con el reverdecimiento en la Iglesia de lo que es la instancia comunitaria —sobre todo en los documentos conciliares, pero que se observaba, ya, hacia fines del siglo pasado y a principios del presente— en donde va fortaleciéndose lo que sería una teología de la Iglesia como 'comunión'. Las consecuencias de esta actitud son claras en una serie de instituciones jurídico-institucionales que se han plasmado últimamente.

VP: ¿Cambia el sentido del concepto 'iglesia'?

OY: Desde el punto de vista jurídico se ha debilitado el acento en lo que sería una concepción de Iglesia como 'sociedad perfecta', y se ha acentuado más el criterio de Iglesia como 'comunión'. Desde el punto de vista teológico esto aparece en la 'Lumen gentium' la constitución que va a mos-

trar más específicamente la esencia de la Iglesia.

VP: ¿Por qué?

OY: Esta constitución parte descubriendo a la Iglesia desde la Trinidad; o sea desde el primer prototipo comunitario. A partir de allí se va reconociendo esa dimensión: el Papa, cabeza de la Iglesia, cuya autoridad fue tan claramente afirmada en el Vaticano I, aquí aparece en un colegio. El Vaticano II lo muestra al Papa como miembro del Colegio de los Obispos y deja bien aclarada su pertenencia a esa instancia de comunión eminente: el colegio episcopal, en el cual reside la colegiación apostólica. Además de esta afirmación tan clara, en el Vaticano II surgen otras instituciones eclesiales de nivel comunitario: los consejos presbiteral, de pastoral, de administración... Son instancias comunitarias de distinto nivel y diferente valor teológico, pero en todas ellas está la reafirmación de la Iglesia como 'comunión'. También emerge esa raíz vital que es la ratificación de la colegialidad, referida especialmente a los obispos junto al Papa, como cabeza. De manera que el hecho sinodal, en este momento de la Iglesia, está propulsado por el espíritu renovador que afirma fuertemente esa concepción.

UN MARCO NATURAL

VP: Entonces ¿A qué apunta un sínodo diocesano?

OY: En el nuevo código de derecho canónico, promulgado en el año '83 por Juan Pablo II hay muchos signos que reafirman a la Iglesia como 'comunión'. Por ejemplo ¿cómo aparece el Obispo dentro de su Iglesia particular? Allí no está enunciada solitariamente su figura, sino que se presenta a la Iglesia diocesana y el Obispo aparece como cabeza, como Vicario de Cristo en esa comunidad. De acuerdo al código actual, esa instancia de comunión es el marco natural en el cual surge la figura del Pastor y Maestro. Creo que dentro de ese movimiento de reafirmación de lo comunitario, hay que entender qué significa el acontecimiento sinodal.

VP: Ustedes realizaron un sínodo. A partir del mismo: ¿Se logró fácilmente la comunión en la Iglesia diocesana? ¿O el acontecimiento se presentó como una instancia problemática?

OY: Aparecieron todas esas cosas. Brotó la sencillez y se manifestó la problematicidad. Pero, antes que nada, tengamos en cuenta que la comunión es un don del Espíritu; es un

don constitutivo de la Iglesia. Esa comunión se hizo visible más allá de lo que pueden ser los trabajos y aportes humanos. Desde la convocatoria del Obispo hubo una fuerza comunitaria que superó las previsiones. ¿Problemáticas? Una primera tensión que apareció fue que, quienes primeros conocimos el propósito —agentes de pastoral privilegiados, especialmente los sacerdotes— no sentíamos que fuera oportuno. No porque no se comprendiera que lo sinodal era propio de una diócesis, sino porque nos parecía que estábamos con instituciones muy débiles, todavía, para enfrentar un acontecimiento de esa magnitud. A muchos nos parecía que para convocar a un sínodo se requería mayor solidez de muchas instituciones. Pensábamos que eso iba a afectarlas. . .

VP: Ese ¿Puede haber sido un primer problema?

OY: Entiendo que allí hubo un primer enfrentamiento con el criterio del Obispo. Le hicimos notar nuestra opinión, no queríamos apurarnos a convocarlo. Pero, frente a ello, el criterio del Obispo fue muy claro: *"El Sínodo —nos dijo— es algo totalmente ordinario en la vida de la Iglesia, y justamente porque están débiles las instituciones hay una razón para la convocatoria; ayudará a consolidar la vida"*. Hubo, entonces, un primer miedo; pero, por otro lado, apenas el Obispo habló así, sentimos una seguridad muy grande, que la atribuyo al Espíritu, y nos pusimos a trabajar inmediatamente a su lado. Entiendo que a muchos les pasó lo mismo: esa contestación tan sencilla nos dio impulso.

SITUACIONES DE FRACTURA

VP: Durante el Sínodo de Quilmes, algunos creyeron descubrir situaciones de fractura. ¿Fue así?

OY: En la medida en que

comenzaron los trabajos del Sínodo, especialmente los primeros, que pretendían mirar la realidad, hubo varias tensiones. Una de ellas estaba relacionada con el reconocimiento de situaciones sociales. Por un lado estaba la realidad política del país: había un fuerte elemento represivo en situaciones de tirantez, por serias deficiencias de expresión y por todo lo después se revela, en el momento democrático, como grandes situaciones deshumanizantes: la gran cantidad de personas desaparecidas y todo aquello que estaba en el subconsciente de muchos, en el consciente doloroso de algunos y en el inconsciente de una mayoría. También incidió todo el problema económico, porque allí había un ámbito socio-político muy tensionado y sufriente. De manera que mirar la realidad social era problematizante.

VP: ¿Hasta qué punto?

OY: Sólo mirar esa realidad social planteaba necesariamente cuestionamientos, sobre todo en Quilmes, cuando en ese contexto aparecían problemas muy fuertes como la desocupación, el hambre... Imágenes muy duras, como aquellas relacionadas con el crecimiento de villas por el éxodo desde la capital. Y hubo otros acontecimientos, como 'presencias represivas' en las villas, con fuerzas armadas con ametralladoras, con topadoras (acontecimientos que tuvieron lugar durante el sínodo). Esa sola circunstancia de mirar la realidad social traía una serie de tensiones. Inclusive algunas que venían desde afuera, porque —por ejemplo— para la encuesta social que hicimos se necesitaron muchos encuestadores. Tuvimos que preparar alrededor de doscientas personas; era algo delicado, porque el encuestador puede condicionar las respuestas... y no teníamos medio como para pagar a doscientos asisten-

tes sociales, que serían los profesionalmente aptos para ello... Sobre muchas de esas personas se hizo presión; sobre ellas cayeron coacciones...

VP: ¿Atribuídas a quiénes?

OY: No sé hasta dónde al mismo gobierno, o a sectores allegados a lo que sería la línea política del gobierno... Pero se les asustó, manifestándoles que Novak era un obispo rojo, un obispo comunista porque hacía una encuesta sí, en ese momento, justo cuando el presidente hacía realizar un censo en donde se formulaba un número mínimo de preguntas.

VP: Exactamente ¿Qué se cuestionaba?

OY: Se planteaba por qué al obispo se le había ocurrido pautar un cuestionario tan exhaustivo sobre el estilo de vida de nuestras familias. Lo que nos interesaba era detectar el tipo de vida del hombre de nuestra diócesis, de nuestras familias... O las distintas maneras de vivir, en lo que sería un intento de recoger elementos de la cultura de Quilmes.

VP: ¿Qué otras dificultades se detectaron?

OY: Más internamente, entre nosotros, fueron las actitudes ideológicas distintas frente a hechos sociales. La opción por los pobres trajo tensiones muy fuertes en la Iglesia. Tensiones entre los cristianos, por las distintas maneras de reaccionar frente a los problemas sociales, al planteo de sufrimientos de familias, a situaciones de injusticia, y sobre todo a lo que significa —desde el punto de vista de la evangelización— la actitud ante el pobre. Ese hecho fue motivo de muchas discusiones... de encuentros emotivos, fuertes...

VP: ¿Esa fue una opción excluyente en la diócesis?

OY: Estoy haciendo referencia a las tensiones que trae el Sínodo. Esto ocurrió en el marco de un proceso, en un

momento en el que no hay decisiones absolutas; sino en la etapa de observar la realidad y de discernir, más que frente a resoluciones tomadas, a mandatos del Obispo. El problema se plantea en el instante de constatar realidades y tratar de interpretarlas a partir de nuestra fe... y a las distintas maneras de interpretarlas.

LAS PRIMICIAS

VP: Hemos hablado de las situaciones que comportaron riesgos y tensionamientos, pero la realización de un sínodo presupone consecuencias. ¿Cuáles pueden ser considerados los beneficios de ese acontecimiento?

OY: Una de las primeras consecuencias es la renovación de la comunión entre el pueblo y su Obispo. Creo que es un fruto profundo. Entiendo que el Obispo escuchó a sectores importantes de nuestros agentes de pastoral, y que muchos de ellos realmente representaban a todo nuestro pueblo cristiano. Nuestro pastor pudo, además, conocer no sólo a través de los datos de la realidad, sino escuchando la vida, o la voz de nuestro pueblo en su vida concreta... El interés de Novak fue conocer la realidad de nuestro hombre, era oír una palabra profunda, que está dicha en el modo de vivir de la gente. Además conoció opiniones concretas de los sinodales... El Obispo escuchó mucho y —por otra parte— pudo expresarse de una manera privilegiada, a partir de la profundidad humana que había percibido frente a la asamblea representativa del Pueblo de Dios. Creo que realmente se dio eso que pide la Iglesia: hacer que el Sínodo sea una ocasión privilegiada para el magisterio del Obispo, en la que él pudo ejercer esa función eclesial, ese carisma de ser maestro de la fe. Por otra parte, el Sínodo dio la posibilidad de que entre los agentes de pastoral se fuera acuñando un len-

"HEMOS CRECIDO"

"Durante nuestro sínodo hubo una participación activa de la gente. La convocatoria fue bastante amplia, estaban todas las zonas representadas y con una intensa cooperación; muchos laicos. Fue una jornada larga que duró tres años, con asambleas plenarias y reuniones de las comisiones de trabajo. Los sinodales fuimos muy consultados: hemos enfocado todos los aspectos de la vida pastoral de la diócesis. Desde compromiso con el hombre (relación hombre-mundo) hasta la vida interna de la Iglesia. Se profundizó, se dieron opiniones, orientaciones, que luego fueron canalizadas por el obispo. No nos correspondía decidir, pero hemos sido un organismo consultivo. Para mi juicio, uno de los resultados fue el crecimiento de la comunión y participación; mucho de lo que propone Puebla. Nosotros vivimos realidades muy diferentes —no es lo mismo la comunidad de catedral que otras de los barrios— pero nos quisimos, convivimos muchas horas y pasamos momentos fuertes de espiritualidad. Logramos un conocernos y un querernos, también pudimos crecer en la solidaridad y en la toma de conciencia y en la puesta en común de bienes muy amplia".

Néida de Bonnier

guaje que facilitara la comunión y el diálogo. Por ejemplo un término controvertido: 'pobres'... ¿Qué quería decir uno y otro cuando decía pobres? A partir de las tensiones, de las discusiones, de los dolores, se llegó a una síntesis; a que la palabra 'pobres' significara, cada vez más, la misma cosa para distintos sectores... Y como con esto, ocurrió con otras cosas.

VP: ¿Cómo calificaría ese fenómeno?

OY: Como una experiencia de comunión. O sea: un experimentar, un sentir la Iglesia como comunión... aunque en una dimensión pequeña... Porque, por otra parte, no creo que el Sínodo haya movilizado a más de dos mil personas de toda la diócesis. Personas representativas, sí, pero como movilización más consciente no sé si habremos sobrepasado ese número. Los sinodales habrán sido unos trescientos.

VP: Esas personas actuaban como agentes sintetizadores —por una parte—, y por la otra como multiplicadores ¿verdad?

OY: Sí. Además, desde ese punto de vista, el Sínodo no ha terminado... es un espíritu de comunión que tiene fuerza de crecimiento. Sin embargo creo que la estructura sinodal no abarcó más que eso, una movilización de dos mil personas, que toca la conciencia de la Iglesia y que es multiplicadora; aunque se trata de una multiplicación lenta.

VP: Es lenta, pero avanza...

OY: Está con vida. Y la medida en que continúe latente o se apague dependerá mucho de las opciones nuevas que se vayan asumiendo, de la libertad, de los agentes de pastoral... Es como el Concilio Vaticano II, del que se desprende un espíritu que es excitante, que incita... El Sínodo pretende asumir ese espíritu y colocarse en esa línea de renovación de la Iglesia, que en Latinoamérica se manifiesta en Medellín y Puebla. De esa manera, nuestro sínodo es una forma de enraizarnos más profundamente en él...

Una nota de
CARLOS RAMIREZ